También puedes desearme mañana

No hace falta ser perfecto para dejarse amar



Laura Bellini

También puedes desearme mañana

No hace falta ser perfecto para dejarse amar

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903490

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Condiciones que no había previsto 13
Capítulo 2 - Espacio para dos 22
Capítulo 3 - Cuando todo empieza a moverse 32
Capítulo 4 - Lo que no se incluye en los planos..... 43
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 53
Capítulo 6 - A un suspiro de distancia..... 62
Capítulo 7 - Al otro lado del beso 72
Capítulo 8 - En un mundo que desconocía 81
Capítulo 9 - El riesgo que elegimos..... 90
Capítulo 10 - Sin un plan para mañana 100
Capítulo 11 - Entre nosotros y el resto del mundo 110
Capítulo 12 - El precio del silencio.....120
Capítulo 13 - El precio de las propias decisiones 130
Capítulo 14 - Lo que tememos perder 140
Capítulo 15 - Todo lo que no me contaste.....150
Capítulo 16 - Una distancia que no se puede medir 162
Capítulo 17 - La vida no espera 173
Capítulo 18 - El primer paso sin promesas 182
Capítulo 19 - No basta con decir la verdad 191
Capítulo 20 - También puedes desearme mañana 201

INTRO

A las siete y cuarenta y tres de la mañana estaba de pie en medio de la que sería mi futura sala de yoga, intentando convencerme de que el crujido procedente de la pared no anunciaba una catástrofe.

A la reforma todavía le quedaban veintidós días. Lo sabía con exactitud porque llevaba seis semanas utilizando una hoja de cálculo en la que cada día tenía su propio color, cada retraso ocupaba una casilla roja y cualquier gasto que superara el presupuesto se convertía inmediatamente en una cifra en negrita. No lo consideraba una obsesión. Simplemente, después de años trabajando en salas alquiladas, adaptando mis horarios a las actividades de otros y disculpándome con mis alumnas por un vestuario del tamaño de un armario de recibidor, por fin iba a tener un espacio propio.

Mío.

Era la palabra que mejor me sabía.

Deslicé la mano por la pared recién enlucida. Una fina capa de polvo blanco se quedó adherida a mis dedos. Allí irían unos espejos grandes. Junto a la ventana había planeado colocar una hilera de plantas. Al fondo, detrás de un tabique de madera, habría una pequeña recepción con un rincón para preparar té. El suelo sería claro, cálido, sin brillo. Nada quedaría al azar. Nada de adornos de moda que dentro de dos años parecieran sacados de un catálogo de hacía una década.

Sabía lo que quería.

Por eso no necesitaba un diseñador.

Y desde luego no necesitaba a Dariusz Kania.

—¿Lara?

Su voz hizo que me volviera demasiado deprisa.

Estaba en el umbral de la puerta abierta, sujetando con una mano un maletín de muestras y ajustándose con la otra la correa del bolso que llevaba cruzado sobre el hombro. Vestía una chaqueta oscura, un jersey gris y conservaba aquella misma expresión serena que recordaba de años atrás. Solo que entonces me había parecido un hombre seguro de sí mismo. Ahora veía algo todavía más irritante: alguien que parecía saber siempre cuánto tiempo podía permanecer callado antes de que la otra persona empezara a hablar más de la cuenta.

—Dariusz.

Sonrió.

—Eso ha sonado casi como un saludo.

—Todavía no lo he decidido.

Se quitó la chaqueta, examinó el interior y, en lugar de contestar, avanzó unos pasos hacia el centro de la sala. No tenía prisa. Observó el techo, las paredes y las ventanas. Los cables que sobresalían, los sacos de adhesivo y los tablones apilados en un rincón.

Eso era precisamente lo que mejor recordaba de él. Su atención. Dariusz no se limitaba a mirar los espacios. Los leía.

Nos habíamos conocido nueve años antes, cuando yo ayudaba a una amiga a abrir una pequeña cafetería. Él se encargaba del diseño interior. Mi única tarea consistía en elegir algunos complementos, pero acabamos pasando tres

semanas discutiendo por qué la iluminación sobre las mesas era más importante que el color de las tazas.

Después, la vida hizo lo que suele hacer con las personas que todavía no son lo bastante importantes la una para la otra.

Nos separó sin esfuerzo.

—Pensaba que mandarías a alguien de tu estudio —dije.

—Podría haberlo hecho.

—Pero no lo has hecho.

Me miró.

—Porque escribiste que no necesitabas a nadie.

—Y sigo sin necesitarlo.

—Precisamente por eso he venido personalmente.

Solté una carcajada, aunque no quería darle aquella satisfacción.

Dariusz se acercó a la pared donde había pegado con cinta adhesiva una copia impresa de mi plano. Lo estudió durante unos instantes y después señaló un punto junto a la recepción.

—¿Quieres dejar esto así?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ahí está la recepción.

—Eso ya lo veo. Pregunto por qué ahí.

Me crucé de brazos.

—Desde la entrada, el cliente ve a la persona que está detrás del mostrador. Detrás queda la zona de servicio. Y

aquí se mantiene libre el paso. Es la distribución más sencilla.

—Lo más sencillo no siempre es lo mejor.

—Empiezo a recordar por qué hace nueve años quería estrangularte con una lámpara.

—¿Con aquella negra?

—Exactamente con aquella.

—Pesaba demasiado.

Sonreí a mi pesar.

Y fue justo entonces cuando apareció la primera grieta en mi mañana perfectamente organizada. No porque Dariusz hubiera cuestionado mi plano. La gente lo hacía a menudo. Tampoco porque estuviera atractivo, aunque habría sido deshonesto fingir que no me había dado cuenta. Se trataba de algo mucho más incómodo.

A su lado recordaba una versión de mí misma que todavía no lo tenía todo planificado.

—Enséñame qué cambiarías —dije.

Levanté un dedo.

—Enséñamelo. No cambies nada.

—Por supuesto.

Sacó un medidor láser del bolso y empezó a comprobar las distancias. Durante varios minutos nos movimos por la sala casi sin hablar. Yo explicaba mis decisiones y él formulaba preguntas breves. ¿Cuántas personas asistirían a las clases? ¿Quería organizar también talleres? ¿Funcionaría el estudio por las tardes y noches? ¿Se quitarían las alumnas los zapatos al entrar?

No propuso nada inmediatamente.

Aquello me desarmó más que cualquier crítica.

Finalmente se detuvo junto a la pared situada frente a las ventanas.

—Si dejas la recepción donde la has previsto, perderás la mejor luz de la segunda mitad del día.

—La recepción no necesita luz.

—Tú no necesitas luz en la recepción. Hay una diferencia.

Lo miré.

—¿Filosofía del interiorismo?

—Funcionalidad. Vas a pasar aquí más tiempo que cualquiera de tus clientes.

—No estoy diseñando este lugar para mí.

—Ese es el error.

Lo dijo con tranquilidad, pero algo dentro de mí se tensó al instante.

—No conoces mi negocio.

—Conozco a personas que diseñan un espacio pensando tanto en los demás que, al cabo de un año, ni siquiera tienen dónde sentarse.

—Y precisamente por eso no he contratado a un diseñador.

—Sin embargo, me llamaste.

—Te llamé porque el contratista dice que la pared junto al baño podría requerir una modificación de las instalaciones. Necesito una consulta. Una sola.

Dariusz me observó durante unos instantes, como si estuviera decidiendo si debía añadir algo más.

—Una consulta no será suficiente.

—Hace cinco minutos sí lo era.

—Hace cinco minutos no había visto esto.

Señaló el techo.

Solo entonces descubrí una línea fina que recorría la esquina. La grieta parecía inofensiva, pero pasaba exactamente por encima del lugar donde debían instalarse los armarios.

—¿Es reciente? —pregunté.

—Eso parece.

—¿Y entonces?

—Entonces, antes de que nadie empiece el montaje, habrá que comprobar qué está ocurriendo en la planta de arriba. Y quiero ver la instalación junto al baño.

—¿Quieres?

—De acuerdo. Deberías verla tú. Yo puedo explicarte qué debes buscar.

Aquella única frase bastó para que lo mirara de otra manera.

No dijo que se haría cargo del problema. No dijo que él lo resolvería. Dejó la decisión en mis manos.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté.

—¿Hoy?

—No. Todo el proceso. Si aceptara que revisaras el proyecto.

Dariusz apoyó una mano sobre el alféizar.

—Dos días para hacer una auditoría. Después decidirás si quieres cambiar algo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué sacas de todo esto?

Por un instante, aquella expresión ligeramente divertida desapareció de su rostro.

—Un encargo.

—Pero tienes una empresa. Supongo que no estás esperando precisamente a que aparezca un local pequeño con una sala de yoga.

Mi pregunta tenía un tono de broma, pero su respuesta llegó una fracción de segundo demasiado tarde.

—Cualquier proyecto puede ser bueno.

Noté aquella vacilación. Breve, casi imperceptible. Podría haberla ignorado.

No lo hice.

—Qué diplomático.

—Estoy aprendiendo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que descubrí que ser sincero podía salirme muy caro.

Me miró y, esta vez, no sonrió en absoluto.

Una ráfaga de aire frío entró en la sala por la puerta abierta y agitó la hoja de mi plano. Una de las esquinas se despegó de la pared y el papel comenzó a temblar ligeramente.

Dariusz se acercó, recolocó la cinta adhesiva y dejó los dedos sobre la hoja, justo al lado de mis anotaciones manuscritas.

—¿Sigues planificándolo todo? —preguntó.

—¿Y tú sigues pensando que un plan es solo una sugerencia?

—Solo cuando alguien ha dejado demasiado poco espacio para cambiar de opinión.

Estaba cerca. No tanto como para obligarme a retroceder. Justo lo suficiente para que pudiera decidir si quería hacerlo.

No me aparté.

—Dos días —dije.

—Dos días.

—No cambias nada sin mi consentimiento.

—Lara, es tu estudio.

—Exactamente.

Me tendió la mano.

Se la estreché.

La suya estaba caliente después de haberla mantenido en el bolsillo de la chaqueta; la mía, fría por haber estado tocando las paredes. Aquel contraste duró un segundo, quizá dos, pero fue tiempo suficiente para que recordara algo que no había tenido ninguna intención de recordar: que en otro tiempo me gustaba cómo me miraba, antes de que cada uno siguiera su propio camino.

Fui la primera en soltarle la mano.

Dariusz recogió las muestras y los documentos.

—Volveré mañana a las ocho.

—A las ocho y cuarto.

—¿Por qué?

—Porque a las ocho tomo café.

—¿Todavía sin azúcar?

Me quedé inmóvil.

Él ya estaba junto a la puerta.

—¿Te acuerdas?

Volvió la cabeza.

—No lo olvido todo solo porque hayan pasado nueve años.

Me quedé sola en medio de la sala, rodeada de polvo, tablones y aquel plan perfecto que apenas una hora antes me había parecido completo.

Seguí mirando la puerta mucho más tiempo del razonable.

Y, por primera vez en muchísimo tiempo, no me pregunté si había tomado la decisión correcta.

Me pregunté qué haría si mañana seguía deseando que Dariusz volviera a cruzar aquella puerta.

Capítulo 1 - Condiciones que no había previsto

A la mañana siguiente, a las ocho y cuarto, Dariusz Kania apareció en mi estudio con dos cafés y la expresión de un hombre que esperaba encontrarse con problemas, pero que estaba dispuesto a considerarlos un desafío interesante.

Yo llevaba veinte minutos sentada en el alféizar de una ventana, revisando el presupuesto. Durante la noche había recibido un mensaje del contratista. La grieta junto al techo necesitaba una inspección y las instalaciones del baño podían interferir con los muebles empotrados que habíamos previsto. Ni una cifra concreta, ni un plazo. Solo la amable garantía de que todo tenía solución.

Odiaba aquella clase de garantías.

—Sin azúcar —dijo Dariusz, tendiéndome un vaso de cartón—. Aunque, por tu cara, creo que debería haberte traído algo más fuerte.

—Si llevas en el bolso la autorización de uso del local y treinta mil eslotis adicionales, puedes quedarte.

—Tengo una cinta métrica, un ordenador y dos bocadillos.

—Lo de los bocadillos suena prometedor.

Sonrió, pero enseguida dirigió la mirada hacia los documentos extendidos a mi lado.

—¿Malas noticias?

Le pasé el teléfono con el mensaje del contratista. Lo leyó dos veces sin hacer ningún comentario. Después dejó el

café y se acercó a la pared que había examinado el día anterior.

—Primero estableceremos los hechos. Después hablaremos de los costes.

—Hablas como alguien que nunca ha tenido que consultar el saldo de su cuenta antes de pagar una factura.

Se volvió hacia mí.

—No des eso por sentado.

Lo dijo sin sonreír. Durante un segundo se instaló entre nosotros una incomodidad que no supe explicar. Sin embargo, enseguida sacó un cuaderno de dibujo del bolso y recuperó su tono profesional.

—Quiero hablar con el contratista, ver la documentación de las instalaciones y comprobar si la distribución propuesta tiene realmente sentido.

—Mi distribución tiene sentido.

—Lo tiene para alguien que quiere meter el mayor número posible de cosas en una superficie pequeña. No estoy seguro de que lo tenga para la persona que va a trabajar aquí.

—Ya estamos otra vez.

—Todavía no he terminado.

Se acercó a la ventana y señaló el lugar donde había previsto instalar la recepción. Me explicó que los muebles altos reducirían la entrada de luz en una parte de la sala y que el pasillo estrecho podía convertirse en un problema cuando un grupo estuviera saliendo al mismo tiempo que entraba el siguiente. Hablaba con calma, de manera objetiva, sin aquel tono tan particular con el que algunos hombres me explicaban cosas evidentes.

Lo peor era que tenía argumentos.

—No pienso renunciar a las doce plazas —dije.

—No te estoy pidiendo que renuncies a ellas.

—¿Entonces qué quieres?

—Que me permitas comprobar si esas doce plazas pueden distribuirse mejor.

—Ayer acordamos dos días de auditoría.

—Y eso es precisamente lo que estoy haciendo.

—Entonces deja de mirar mis paredes como si te hubieran ofendido personalmente.

Se echó a reír.

Su risa era distinta de la que recordaba de nueve años atrás. Más grave, más breve, menos despreocupada. Pensé que durante todo aquel tiempo debían de haber ocurrido muchas cosas en su vida de las que yo no sabía absolutamente nada.

Y después me irritó descubrir que aquello me interesaba.

A las nueve llegó Marek, el encargado de la reforma. Era un profesional competente, pero pertenecía a esa clase de personas que interpretaban cualquier pregunta adicional como una ofensa personal. En cuanto vio a Dariusz, frunció el ceño.

—¿Y usted es...?

—Dariusz Kania. Estoy asesorando sobre la distribución funcional del espacio.

—Nosotros ya tenemos un proyecto.

—Precisamente por eso me gustaría ver cómo se ha resuelto el recorrido de las instalaciones.

Marek me miró.

—Señorita Lara, si todo el mundo empieza a cambiar cosas aquí, no terminaremos nunca.

Sentí aquella punzada familiar de irritación. Desde el comienzo de la reforma había tenido que recordar en numerosas ocasiones que yo era la promotora del proyecto, no una muchacha a la que había que explicarle pacientemente por qué debía aceptar cualquier decisión.

—Todavía no estamos cambiando nada —respondí—. Estamos comprobando el problema que usted mismo comunicó ayer.

Dariusz no intervino. Permaneció a mi lado y dejó que yo dirigiera la conversación.

Lo agradecí más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Marek nos enseñó fotografías de las instalaciones que habían quedado al descubierto. Dariusz hizo preguntas sobre el recorrido de las tuberías, el grosor de los revestimientos y los accesos de mantenimiento. En determinado momento solicitó la documentación de una reforma anterior. Resultó que el propietario del local había prometido enviarla, pero todavía no lo había hecho.

—Así que no sabemos exactamente qué hay detrás de esa pared —resumió Dariusz.

—Más o menos sí —respondió Marek.

—Más o menos no es suficiente si vamos a cerrar ese acceso durante varios años.

Se hizo el silencio.

No me gustaba que alguien confirmara mis peores temores.

—¿Qué propones? —pregunté.

—Suspender la instalación de los muebles en esa zona hasta comprobar las tuberías. Los demás trabajos pueden continuar. No hay motivo para detenerlo todo.

Marek asintió, aunque sin demasiado entusiasmo.

Cuando se marchó, apoyé la espalda contra la pared y cerré los ojos.

—¿Acabo de perder una semana?

—Todavía no.

—Qué palabra tan reconfortante.

—No voy a consolarte hasta saber si hay motivos para hacerlo.

Abrí los ojos.

—¿Siempre has sido tan insoportablemente concreto?

—No. Antes era todavía más insoportable.

Lo observé con mayor atención. Tenía el pelo corto y oscuro, con las primeras hebras grises en las sienes, y pequeñas arrugas alrededor de los ojos. No parecía un hombre empeñado en detener el tiempo. Parecía alguien que había aprendido a no disculparse por su paso.

—Quiero enseñarte algo —dijo.

Extendió una hoja grande de papel sobre el suelo y dibujó el rectángulo de la estancia. Marcó la entrada, las ventanas, el baño y la recepción prevista. Después desplazó la recepción a otro lugar, modificó la dirección del pasillo y propuso instalar muebles bajos en lugar del tabique alto.

No intentaba convertir el estudio en un salón elegante. Conservó el suelo de madera, los tonos verdes apagados y aquella sensación de amplitud que tanto deseaba.

Pero, de pronto, todo parecía respirar mejor.

—Esto es irritante —dije.

—¿El qué, exactamente?

—Que me gusta más.

Dariusz levantó la mirada.

—Puedo fingir que no te he oído.

—Te lo agradecería.

Me acerqué al dibujo y me arrodillé a su lado. Nuestros hombros quedaron casi a la misma altura. Percibí el aroma discreto de su perfume, algo amaderado y cálido, sin una dulzura excesiva.

Señalé el espacio junto a la ventana.

—Aquí tiene que quedar una zona para las sesiones individuales. No quiero renunciar a ella.

—¿Por qué es tan importante?

Vacilé.

Podría haberle dicho que se trataba de ofrecer clases adicionales y aumentar los ingresos. Habría sido verdad, pero no toda la verdad.

—Porque no todo el mundo quiere practicar yoga delante de otras doce personas —respondí—. A veces alguien llega después de una larga pausa, de una enfermedad o simplemente en uno de esos días en los que no quiere que nadie lo mire. Quiero tener un lugar donde esa persona no necesite demostrar nada.

Dariusz dejó el lápiz.

—Eso no aparecía en la descripción de tu proyecto.

—Porque no todo se puede introducir en una hoja de cálculo.

—Es precisamente lo que intento decirte desde ayer.

Lo miré con fingida severidad.

—No utilices mis propios argumentos en mi contra.

—Entonces deja de darme argumentos tan buenos.

Durante unos instantes nos miramos a una distancia que, de repente, me pareció demasiado pequeña para una simple consulta profesional. Dariusz fue el primero en volver la atención hacia el dibujo, pero lo hizo despacio, como si también hubiera percibido aquel cambio.

—Conservaremos ese espacio —dijo—. Encontraremos otra solución.

Al mediodía recibí una llamada del propietario del local. La documentación de las instalaciones estaba guardada en los archivos del administrador del edificio y probablemente no llegaría hasta el día siguiente. Cuando se lo conté a Dariusz, consultó su reloj.

—En ese caso, hoy puedo preparar dos alternativas. Mañana comprobaremos cuál puede ejecutarse.

—¿Y si ninguna funciona?

—Entonces prepararemos una tercera.

—¿No aceptas las derrotas?

—Sí las acepto. Pero prefiero comprobar antes todas las posibilidades.

El teléfono que llevaba en el bolsillo vibró. Miró la pantalla y su rostro se endureció por un instante. Rechazó la llamada.

—¿No tienes que contestar? —pregunté.

—Ahora no.

—Podría ser importante.

—Lo sé.

Respondió demasiado deprisa. No quería entrometerme en sus asuntos personales, pero recordé aquel breve momento.

Antes de marcharse, se detuvo junto a la puerta.

—Lara, hay otra cosa.

—Te escucho.

—Si voy a seguir trabajando en este proyecto, necesito algo más que tu permiso para hacer dibujos.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que dejar que te diga cuándo una de tus ideas no funciona. Incluso cuando a ti te encanta.

Me crucé de brazos.

—Y tú tienes que aceptar que la decisión final me corresponde a mí.

—Por supuesto.

—Sin enfadarte.

—Sin enfadarme.

—Y sin hacer cambios a mis espaldas.

—Nunca trabajo de esa manera.

Lo observé durante unos instantes.

—Entonces tenemos una condición.

—¿Solo una?

—Para empezar.

Sonrió ligeramente.

—Mañana te traeré una propuesta detallada.

—Y yo prepararé una lista de las cosas que tienes prohibido tocar.

—Sospecho que será larga.

—Muchísimo.

Cuando se marchó, contemplé el dibujo que había dejado sobre el suelo. Junto a mi plano cuidadosamente preparado descansaba su boceto, lleno de correcciones y pequeñas anotaciones. Dos maneras diferentes de imaginar el mismo lugar.

Durante los últimos años había aprendido que la independencia significaba poder tomar mis propias decisiones. No necesitaba a nadie que asumiera el control de mi vida.

Pero quizá existía una diferencia entre entregar a alguien ese control y permitirle acercarse lo suficiente para que pudiera ver dónde me estaba equivocando.

Aquella noche, cuando estaba cerrando el estudio, encontré una breve nota escrita en el reverso de su dibujo.

«No te olvides de reservar un espacio para ti».

La leí dos veces.

Y después, en lugar de guardar aquella hoja en una carpeta, me la llevé a casa.

Capítulo 2 - Espacio para dos

Al día siguiente llegué al estudio antes de lo previsto. No porque estuviera esperando a Dariusz. Al menos, esa era la explicación que me daba a mí misma mientras, a las siete y media, permanecía sentada ante un escritorio improvisado, ordenando muestras de colores.

En realidad, quería disfrutar de un momento de tranquilidad antes de otra conversación durante la cual probablemente volvería a descubrir que mis soluciones, preparadas con tanto cuidado, necesitaban modificaciones.

A las ocho recibí un mensaje.

«La documentación ya está en manos del administrador. Recogeré una copia después de las nueve. Estaré allí antes de las diez».

Le respondí brevemente que lo esperaba.

Un momento después llegó otro mensaje.

«Y no se te ocurra mover la recepción por tu cuenta. Sé de lo que eres capaz».

Sonreí mirando el teléfono.

No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien había conseguido hacerme reír con dos frases sin siquiera proponérselo.

Poco antes de las diez llegó mi amiga Natalia. Nos conocíamos desde la universidad y pertenecía al reducido grupo de personas capaces de decirme algo incómodo sin arriesgarse a que rompiera inmediatamente nuestra amistad.

Traía unos bollos de levadura dulce y se sentó en el alféizar.